

Conéctate



Presentamos

**El viaje
increíble**

Conéctate

Conéctate

Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate

Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

Conéctate

Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate

Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!

P.O. Box 4307
Orange, CA 92863-4307
USA

Correo electrónico:

conectate@conectate.org

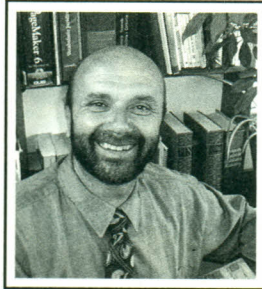
En Internet:

www.conectate.org

Director: Gabriel Sarmiento
Diseño: Giselle LeFavre
Ilustraciones: Hugo Westphal,
Max Belmont, Ana Fields
Producción: Francisco López
febrero 2001?

© 1999, Aurora Production AG,
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique lo contrario,
todas las frases textuales de las
Escrituras que aparecen en *Conéctate*
proviene de la versión Reina-Valera
de la Biblia. © Sociedades Bíblicas
Unidas, 1960.



A nuestros amigos

Si te dijeran que tienes reservada a tu nombre una mansión palaciega sin estrenar y sin costo alguno, ¿te lo creerías? Y si te lo demostraran por escrito, entonces ¿sí te lo creerías? Supón que sí. ¿Qué harías en ese caso? ¿No querrías averiguar dónde está situada y cómo es? ¿No querrías ver los planos? ¿No preguntarías cómo es la vista, los vecinos, el clima en la zona y un sinnúmero de detalles más? ¿No empezarías a soñar con el día de la mudanza? ¿Y de qué modo piensas que esa adquisición alteraría entretanto tu vida y tu orden de prioridades?

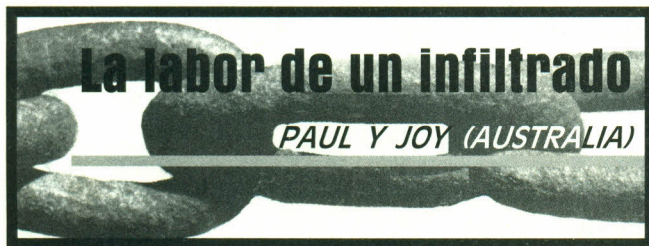
La verdad es que alguien sí te ha prometido una magnífica morada —Jesús— y ha dejado constancia de ello por escrito: «En la casa de Mi Padre, muchas moradas hay. [...] Voy, pues, a preparar lugar para vosotros, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2-3).

¿Te interesa saber cómo será la vida en tu nueva casa? El presente número de *Conéctate* echa un vistazo a la magnífica vida que nos aguarda después de la actual. Si has aceptado a Jesús, esa casa es toda tuya. No debes nada por ella, no tienes que pagar impuestos ni mantenimiento. ¿Demasiado atractivo para ser cierto? ¡Esto es apenas el principio!

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

«En realidad sí le tengo miedo a algo: ¡a Dios!»

Conocimos a Robert hace dos años. Había salido de la cárcel bajo fianza mientras esperaba que se resolviera su caso por tenencia de drogas. En los meses siguientes lo vimos varias veces y siempre tratamos de que acudiera al Señor en busca de ayuda. Escuchaba todo lo que decíamos y por lo visto disfrutaba de nuestra compañía; pero no nos parecía que lográbamos calarle hondo. Más tarde, lo declararon culpable de los cargos que se le imputaban y lo sentenciaron a dos años de prisión. A causa de las restricciones que le impusieron en cuanto a la cantidad de visitas que podía recibir, perdimos contacto con él hasta hace poco. Cuando finalmente logramos entrar en la cárcel para verlo, nos llevamos una grata sorpresa.



—¡Ustedes tenían razón!
—exclamó Robert—. ¡Lo que todos necesitan es amor! Desde que estoy aquí me he dado cuenta de que lo que necesitan, aun los tipos más rudos, es un poco de amor, alguien que los escuche, que se interese por ellos.

Nos explicó que en la prisión de máxima seguridad en la que lo alojaron al principio emergían muchas tensiones raciales. Cada uno de los grupos étnicos —chinos, negros, isleños, maoríes, asiáticos, libaneses— se margina de los demás. De modo que él comía un día con un grupo. Al otro día caminaba en el patio con otro grupo y así sucesivamente. En todo momento les hablaba del Señor.

Había un hombre llamado Tom, particularmente temido por los demás. Llevaba 18 años en prisión, buena parte de ellos incomunicado en una celda individual, porque cada vez que lo ponían con los demás presidiarios se metía en una pelea y alguien salía herido. Robert empezó a jugar al ajedrez con Tom. Un día le preguntó si le tenía miedo a algo. Tom le respondió que no había nada que le inspirase temor.

Unos días después Tom buscó a Robert y le preguntó si podían conversar un rato.

—En realidad sí le tengo miedo a algo —le confesó—; ¡a Dios!

Robert aprovechó la ocasión para hablarle del amor y el perdón divinos.

—Aunque un ser indigno se arrepienta con su último aliento de una vida entera de iniquidad, Jesús es tan amoroso que lo perdona y se lleva a ese pecador al Cielo.

Conversaron largo rato acerca de Dios y de Jesús, hasta que Robert le preguntó:

—¿No crees que sería mejor pedir el perdón de Dios y tratar de vivir una vida de bien ahora en vez de esperar hasta último momento?

Tom aceptó el reto, recibió a Jesús y desde entonces se ha convertido en una nueva criatura.

Cuando se llevaron a Robert de la sección de máxima seguridad, el carcelero se apenó de que se fuera. Echaba de menos la influencia tan positiva que había tenido en los demás presos. Robert nos contó que la temporada en aquella sección había sido muy tensa y que había pasado miedo, pero se había sentido más útil allí que donde está ahora. No obstante, el Señor sigue valiéndose de él. Todas las noches celebra una reunión de oración en su celda y siempre está conduciendo a otros a Jesús.

Por fin había llegado el fin de semana que Pedro esperaba con tantas ansias. Se levantó antes del alba y pasó a recoger a su prometida, Marisa, para emprender una aventura aérea. Mientras se dirigían a toda prisa al pequeño aeródromo fuera de la ciudad, sus expectativas iban en aumento. El monomotor que Pedro había alquilado para la ocasión estaba ya en la pista esperándolos.

A excepción del tono azul pálido que se divisaba hacia el oriente, todavía estaba oscuro cuando el biplaza zumbó por la pista y levantó vuelo. En cuestión de minutos habían alcanzado gran altura. Sobrevolaban un exuberante paisaje. Ambos quedaron extáticos al ver que los primeros rayos del sol bañaban de esplendor los picos distantes e inundaban la cabina de un cálido y dorado reflejo.

Era un momento glorioso, tal como Pedro había esperado que fuera su viaje inaugural con su prometida.

—¡Increíble, ¿cierto? —preguntó él—. ¡Aquí arriba uno se siente libre como un pájaro!

—Sí, cariño, es magnífico —respondió ella acurrucándose contra su hombro.

El gran momento del que disfrutaban se vio repentinamente interrumpido a los veinte minutos del despegue, cuando el motor de la avioneta comenzó a fallar hasta apagarse del todo. Instintivamente, Pedro estiró la mano en busca del interruptor de arranque e intentó volver a encender el motor. Pese a intentarlo tres veces, éste se negaba a responder.

«¡No! ¡No puede ser!», se dijo para sus adentros.

—¡Haz algo, mi amor! —le rogó Marisa mientras las tentativas de Pedro por volver a infundirle vida al motor se tornaban más desesperadas.

—¡Hago lo que puedo! —respondió él—. ¡Pero no arranca!

—¡Nos caemos! —gritó ella—. ¡Dios mío, auxilio!

El terreno para entonces se había tornado irregular. Pedro lo recorrió con la mirada en busca de algún claro, un camino, un campo abierto, hasta una vía férrea, en la que pudiera intentar un aterrizaje de emergencia.

—¡Maldita sea! ¡Árboles, nada más que

árboles! —exclamó mientras el pequeño aparato se descolgaba del cielo matinal hacia una extensión interminable de follaje.



Al despertar Pedro de lo que parecía una pesadilla, exclamó de golpe:

—¡Marisa, Marisa!, ¿estás bien?

—Creo que sí —respondió ella con voz apagada y un poco aturdida—.

Lo último que

el
viaje
inc

re-
cuerdo
es que
íbamos a
chocar contra
las copas de los
árboles. Después
debo de haberme
desmayado.

Abrumados por la sensación de alivio y asombro de haber sobrevivido a semejante experiencia, se fundieron en un fuerte abrazo. Pero al abrazarse, ambos tuvieron una sensación muy extraña, muy peculiar. El aturdimiento dio paso a una extraña impresión de ligereza, casi de ingravidez.

—¿Qué nos está sucediendo? —preguntó de golpe Marisa—. Mira nuestros pies... ¡ni siquiera rozan el suelo!

—No... no sé —repuso él procurando entender la situación—. Jamás me había sentido así... ¡Parece que nos estamos elevando!

Al cobrar velocidad su ascenso, Marisa, señalando la avioneta, gritó:

—¡Dios mío! ¡No! ¡Mira! ¡La avioneta está completamente destruida y en llamas! Y... ¡no, no puede ser! Esos dos cuerpos, somos nosotros...

—Dios mío —murmuró Pedro—.

¡Debemos de haber... muerto!

invisible

Toda-
vía oyendo
el eco de
aquellas
fatídicas pala-
bras, de repente,
atrapados por una
fuerza invisible, fueron
impulsados hacia arriba, lejos
de la escena del accidente y cada vez a
mayor velocidad. ¡Al llegar a cierto punto
percibieron que atravesaban un largo túnel
oscuro, como un pasadizo por el cual se
deslizaban vertiginosamente!

A lo lejos vieron aparecer una luz tenue, que a medida que avanzaban por el túnel se hacía cada vez más deslumbrante. Aunque brillaba

más que ninguna otra luminosidad que hubieran visto, curiosamente no les hacía daño a los ojos.

A medida que se iban acercando a ella comprendieron que se trataba de una persona, un resplandeciente Ser de Luz. Cubiertos por aquel manto de resplandor se sintieron invadidos por una maravillosa sensación de amor y compasión.

El temor y el sobresalto que experimentaron al saberse muertos había desaparecido por completo. Envueltos en aquella cálida Luz, la paz y el sosiego les embargó el alma. Nunca antes se habían sentido tan bien, tan amados.

Allí, en presencia de aquel Ser Luminoso, hicieron un repaso detallado de toda su vida. No solo lo percibían, sino que *experimentaban* una exhibición tridimensional y a todo color. Revivían todas sus experiencias, desde que eran tiernas criaturas hasta el momento del accidente aéreo.

Con gran remordimiento, presenciaron y recapitular cada acto desconsiderado o egoísta que habían tenido cuando niños. Todos los detalles eran vívidos. Con alivio, vieron también las cosas buenas que habían hecho: las ocasiones en que habían compartido o regalado un juguete a algún compañero de juegos, o cuando habían ayudado a algún amigo necesitado, ofrecido unas palabras de ánimo o tenido un gesto de bondad con alguien. ¡Todo!

Presumiblemente aquel repaso de su vida los había convertido en sus propios jueces. Vieron con claridad las oportunidades en que habían fallado y aquellas en las que habían obrado con acierto. No había forma de negar nada. Todo era irrefutablemente cierto, y las conclusiones a las que llegaron evidentes y justas. Y aunque repasaron toda su vida, escena por escena, al término de aquella especie de película quedaron con la impresión de que todo había durado escasos momentos.

Habiendo visto sus vidas pasar como un rayo delante de sus ojos, miraron con aprensión el rostro del Ser de Luz. Qué alivio sintieron al encontrarse sus miradas con la de Él y comprobar que todavía era cálida, amorosa, llena de piedad y comprensión. A pesar de sus errores y transgresiones, hallaron aceptación y amor

incondicional.

El Ser les extendió una mano a modo de bienvenida y les señaló una hermosa y reluciente luz dorada que se perfilaba a la distancia, más grande que cualquiera de las estrellas que la rodeaban.

—No teman, pequeños —les dijo en tono alentador—, pues a Mi Padre le ha placido darles el Reino. En la casa de Mi Padre muchas moradas hay y les he preparado un lugar, para que donde Yo estoy, ustedes también estén.



En ese momento Pedro y Marisa se dieron cuenta de que aquella persona tan tierna y amorosa era Jesús, y que les estaba dando la bienvenida al Cielo. Aunque Él sabía de todos los errores, falencias, debilidades y fechorías en las que habían incurrido, todavía los amaba y los recibió con las brazos abiertos. Lágrimas de gratitud les corrieron por las mejillas cuando los abrazó y los consoló, pero Él se las enjugó con ternura.

—Por esto morí por ustedes, porque los amo —les aseguró—. Me hice cargo de sus pecados para que ustedes no tuvieran que sufrir a consecuencia de ellos. Por haber creído en Mí y aceptado el sacrificio que hice por ustedes, les perdono sus pecados y los limpio de ellos para siempre. Vengan, pues, ahora y entren en el reino que les he preparado.

Habiendo dicho eso, los tomó a ambos de la mano y emprendieron vuelo nuevamente, como lo habían hecho en el túnel. Su destino final —una hermosa ciudad celestial de oro diáfano— aumentaba cada vez más de tamaño a medida que se aproximaban, hasta que los dos quedaron extasiados por su inmensidad y belleza.

Cuando entraron por una de sus puertas de nácar, se emocionaron al ver que salía a su encuentro un grupo de personas para darles la bienvenida. Pedro casi no podía creerlo cuando escuchó una voz que había echado muchísimo de menos. Ésta le dijo:

—Bienvenido a casa, hijo mío.

Se volvió para encontrarse con su madre, que había fallecido de una enfermedad siete años antes. Se veía hermosa —joven, radiante y

llena de vida—, tal como Pedro la recordaba de cuando era niño. Se abrazaron fuertemente y lloraron de alegría, agradeciendo a Dios por aquel maravilloso reencuentro.

Ni Pedro ni Marisa habían imaginado jamás que el Cielo podía ser tan extraordinario. Todas las personas con las que se cruzaban eran amables y amorosas; a nadie se lo veía como un extraño. Todo estaba increíblemente imbuido de energía y vida, desde los exquisitos jardines y parques llenos de flores hasta los magníficos árboles y simpáticos animalitos de todo género. Los edificios y casas eran de diseños fascinantes y de colores y materiales hermosos. No se podían comparar con nada que hubieran visto antes.

Toda la gente vestía relumbrantes túnicas de luz que caían ligeramente y revelaban la armonía de sus formas. Nadie andaba apurado ni afanoso. Daba la impresión de que se trasladaban flotando por aceras doradas y el exuberante verdor del césped, con los pies apenas tocando el suelo. Otros volaban y planeaban grácilmente por el aire.

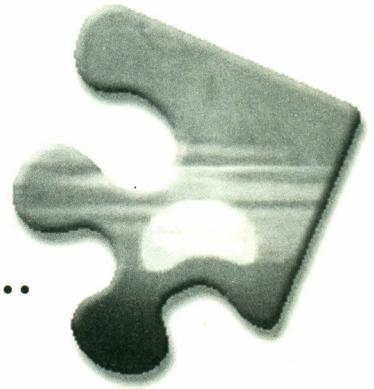


El relato del viaje increíble de Pedro y Marisa no es pura fantasía. Se basa en el recuento de miles de experiencias de muerte clínica documentadas en libros y estudios respetados. En todos estos casos, naturalmente, los sujetos —algunos de los cuales estuvieron clínicamente muertos durante veinte o treinta minutos— volvieron a la vida. Cada uno de ellos testificó que aquel Ser Luminoso que les había hecho el *repaso* de su vida les dio la oportunidad de retornar a su cuerpo y a su existencia en la tierra. Esas, sin embargo, son las excepciones. Evidentemente la mayoría de la gente no regresa después de haber pasado a mejor vida.

¿Estás listo para ese viaje increíble? ¿Habrá un sitio para ti en la Ciudad Celestial de Dios descrita en los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis? Pedro y Marisa estaban listos, porque antes de morir habían creído en Jesucristo y optado por aceptarlo en su corazón. «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna» (Juan 3:16).

Respuestas

a tus ? nterrogantes...



P: *¿Qué estoy haciendo mal?*

Cuando recibí a Jesús y fui lleno del Espíritu Santo pensé que mis familiares y mis amigos se alegrarían de ver el cambio operado en mí. Algunos están contentos, pero otros no. Es más, ya no tengo una relación tan estrecha con mis viejos amigos, porque ahora tenemos inquietudes diferentes y me dicen que les gustaba más como era yo antes. ¿Qué hago?

Por lo que dices, el tuyo parece ser un caso típico de «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo» (Juan 15:19). Ser un cristiano auténtico tiene su precio. A veces nos cuesta nuestros amigos, al menos en un principio. Esa es una de las primeras pruebas a la que se enfrenta un cristiano después de convertirse, y también una de las más frecuentes. Llegado el caso, ¿optará por Jesús y su nueva fe antes que por sus viejos amigos? Puede resultar una decisión muy difícil, pero si uno da preferencia a Jesús y no deja de manifestar el amor de Dios a los demás, tarde o temprano acabará con más amigos que antes, y quizá con algunos de los viejos también.

Tomemos el caso de San Francisco de Asís (1182?-1226). Poco se sabe de su

juventud, excepto que fue un muchacho bastante mundano y frívolo, y es de suponer que tuviera muchos amigos de mentalidad parecida. No obstante, cuando conoció al Señor, cambió. Su familia lo desheredó y muchos de sus viejos amigos no querían tener nada más que ver con él. Pese a ello, se ocupó en vivir una vida a semejanza de Cristo y en transmitir a los demás el amor que recibió de Él. Al poco tiempo, algunos de sus viejos amigos —además de otros jóvenes— fueron a verlo con el afán de saber cómo podían tener el amor y la felicidad que veían en él. El grupúsculo de Francisco creció hasta convertirse en la orden de los franciscanos, que en sus casi ochocientos años de existencia ha tenido cientos de miles de

adherentes. ¿Amigos? ¡Millones de personas se sentirían honradas de ser consideradas amigas de San Francisco!

Sigue, pues, manifestando el amor de Jesús y resplandeciendo para Él, que sin duda ganarás cantidad de amigos nuevos. «No hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de Mí y del Evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; y en el siglo venidero la vida eterna» (Marcos 10:29-30).

Mientras tanto, Jesús será para ti el mejor amigo que puedas concebir. Promete no abandonarte jamás. Se compromete a estar a tu lado hasta el fin del mundo y ser un amigo más unido que un hermano (Juan 15:4; Mateo 28:20; Proverbios 18:24).

El Cielo

Hay veces en que los pesares, los reveses y las desilusiones de la vida nos abruma. Cuando las cosas no salen bien, o cuando sufrimos fracasos o pérdidas, el peso de todo ello nos lleva a veces a preguntarnos si lo que hacemos vale realmente la pena. ¿Lograrán los hombres temerosos de Dios crear una sociedad mejor en un mundo en que, las más veces, prevalecen el mal, la corrupción y el egoísmo del hombre? La verdad es que cuando estamos abatidos y desanimados, todo se ve negro. Pero es precisamente en esos momentos difíciles cuando debemos seguir confiando en la Palabra de Dios y en Sus promesas, porque sí, es cierto que muy pronto vendrá un mundo mejor.

«Por un tiempo durará la tristeza —dice la Biblia—, y a la mañana vendrá la alegría», el glorioso amanecer celestial que sucederá a las sombras y a la noche de esta vida (Salmo 30:5). Fija, pues, los ojos en el Señor y en las maravillosas promesas sobre el Cielo que ha de venir. Cuando te des cuenta de que estas cargas y dificultades que ahora tienes que sobrellevar no durarán más que un instante, muy poco tiempo, las podrás soportar mucho mejor. Todos los reveses, las desilusiones y las experiencias sombrías quedarán pronto olvidadas y borradas como una pesadilla al despuntar el glorioso amanecer del Cielo.

«Las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse» (Romanos 8:18). En Apocalipsis 21:4 dice que Dios «enjugará toda lágrima de nuestros ojos». Qué maravilla, ¿no? Enjugará todas las lágrimas, borrará toda angustia y desaliento; y ya no habrá lágrimas, ni dolor, ni muerte, ni tristeza.

A pesar de que el Cielo es el paraíso por excelencia, mucha gente no parece tener pensado ir allí. Por más que esta pesada vida esté llena de dolor, tristeza y problemas —y en ocasiones sea casi un infierno—, muchos prefieren pasarlas negras aquí que poner la mira en el Cielo que nos aguarda. ¿Por qué? Es que el concepto del Cielo que tiene la mayoría



y sus placeres

de la gente —pasarse el día tumbado sobre una nube tocando el arpa, sin otra ocupación que ser santo y bueno— para muchos carece de atractivo. ¡Gracias a Dios que el Cielo no es así!

Jesús dijo: «En la casa de Mi Padre muchas moradas hay; voy a preparar lugar para vosotros» (Juan 14:2,3). Pero hace ya dos mil años que lo dijo. ¿Crees que le ha llevado todo ese tiempo mullir suficientes nubes para que nos podamos recostar, o fabricar suficientes arpas para todos? ¡No! Claro que no. Ese concepto del Cielo es totalmente ridículo. Además no tiene ninguna base en la Escritura. Si quieres hacerte una idea de cómo es en realidad el Cielo, no tienes más que leer los capítulos 21 y 22 del Apocalipsis.

A pesar de que el Cielo es el paraíso por excelencia, mucha gente no parece tener pensado ir allí.

La Ciudad Celestial, hogar de los cristianos salvos de todas las épocas, es tan extraordinaria, tan espectacular, que resulta casi indescribible. Imagínate, si puedes, una Ciudad Celestial de un oro cristalino y relumbrante, una urbe de 2.400 kilómetros de alto, de ancho y de largo. Las calles mismas son de oro. Tras sus relucientes puertas nacaradas se halla el paraíso de Dios, por donde corre apaciblemente el Río de la Vida a lo largo de extensos y exuberantes parques en los que juegan niños risueños y mansos animales, y donde nos esperan nuestros familiares que ya partieron de este mundo.

¿Te imaginas un mundo en el que ya no habrá muerte ni dolor, ni temores ni tristeza, ni llanto ni enfermedades; un mundo en el que todo será alegría y placer?... Una sociedad en la que todos trabajarán unidos y cooperarán unos con otros en armonía y amor. Resulta casi imposible imaginarse un lugar así, ¿no es cierto? Como dice la Biblia: «Maravillas que ojo no vio, ni oído oyó, ni caben en la imaginación

del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9).

• Sin embargo, a pesar de que la vida en el Cielo será mucho más estupenda que cualquier cosa que hayamos conocido en la Tierra, en muchos sentidos será similar a la que llevamos en este momento, sólo que superiorísima. Tendremos acceso a lo mejor de esta vida, sólo que sin dificultades, sin dolor, sin enfermedades, sin angustias y sin muerte. Será un mundo de rosas sin espinas. En esta Tierra todavía no podemos disfrutar plenamente de todas las alegrías y placeres de la vida; en cambio, en el Cielo se harán realidad los deseos de nuestro corazón. En el Cielo, cualquier cosa que desees, cualquiera cosa con que hayas soñado, será tuya.

• La Palabra de Dios promete que Él hará nuevas todas las cosas y que el que venciere heredará todas las cosas (Apocalipsis 21:5-7). ¿Quién es el que vence al mundo? El que cree que Jesús es el Hijo de Dios (1 Juan 5:5). En efecto, los que creen en Jesús heredarán todas las cosas, todo lo que quieras y hayas deseado. Dios se deleita en concederte los deseos de tu corazón. «Deléitate en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón» (Salmo 37:4). Jesús dijo: «A vuestro Padre le ha placido daros el Reino» (Lucas 12:32).

En el Cielo experimentarás todos los placeres y emociones que hayas saboreado en la Tierra, sólo que en un grado mucho mayor... toda la belleza del amor, la alegría de los niños, al igual que mucha variedad, novedades, el atractivo de nuevos horizontes, nuevos trabajos, nuevas labores que habrás de realizar y hasta aventuras que emprenderás, como por ejemplo explorar otros mundos. Todos los deseos de tu corazón se harán realidad en aquella Ciudad Celestial. Todas las sensaciones, todas las emociones, todos los bellos amores o trabajos gratificadores que hayas conocido o deseado en esta vida —quizá sin conseguirlos—, los tendrás a tu alcance en ese mundo celestial. La única condición es que ames a Jesús y creas en Él ahora, en esta vida. ¿Crees en Él?



La Bestia, a punto de aparecer

«El anticristo viene» (1 Juan 2:18)

Una de las últimas señales del fin, a la que la Biblia dedica numerosos capítulos, es el surgimiento de un gobierno supranacional presidido por un perverso tirano al que se conoce como el Anticristo o *la Bestia*. El capítulo 13 del libro del Apocalipsis refiere que el mundo rendirá culto a Satanás, personificado éste por el vil dirigente mundial antes mencionado. «Adoraron al dragón [el Diablo] que había dado autoridad a la bestia [el Anticristo], y adoraron a la bestia» (Apocalipsis 13:4).

Rápidamente se está creando el marco para que el mundo acepte una dirigencia de carácter mundialista. El célebre historiador británico Arnold Toynbee (1889-1975) afirmó con gran acierto: «Las naciones están prestas a entregar los reinos del mundo a un hombre que ofrezca una solución a los problemas que aquejan al planeta». Paul-Henri Spaak, que fue el primer presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas, primer ministro de Bélgica, uno de los gestores del Mercado Común Europeo y secretario general de la OTAN, declaró en cierta ocasión: «No queremos una comisión más; ya contamos con demasiadas. Lo que buscamos es un hombre que tenga suficiente estatura moral para captar el apoyo de las masas y sacarnos del cenagal económico en que nos estamos hundiendo.

Cuando se presente tal individuo, sea dios o sea demonio, lo aceptaremos.»

El nuevo orden internacional

Cada vez oímos hablar con más frecuencia del *nuevo orden internacional* y de la *globalización*. El presidente norteamericano George Bush popularizó el concepto en un discurso pronunciado ante el congreso de su país durante la guerra del Golfo: «Nos hallamos en un momento único y extraordinario. [...] De esta turbulenta época bien puede emerger un nuevo orden internacional. [...] Hoy ese nuevo orden pugna por nacer.»

El acuerdo de paz en torno a Jerusalén

Es previsible que el Anticristo llegue al poder en medio de una euforia generalizada por haber sacado temporalmente al mundo de sus profundas crisis económicas, militares y políticas. A la usanza del propio Satanás, que con frecuencia se disfraza de ángel de luz, este personaje deslumbrará a buena parte del mundo presentándose como un gran héroe y pacificador. El profeta Daniel, aludiendo al Anticristo, escribió: «En plena *paz*, destruirá a muchos», y «se apoderará del reino a base de intrigas» (Daniel 8:25 y 11:21, EP).

La Biblia nos indica que las pretensiones de liderazgo mundial

Abolirá todas las religiones, a excepción del culto a su propia imagen.

«Las naciones están prestas a entregar los reinos del mundo a un hombre que ofrezca una solución a los problemas que aquejan al planeta»

de ese dirigente se fundamentarán en un ingenioso pacto de paz de 7 años. Dicho acuerdo resolverá transitoriamente la crisis de Oriente Medio, logrando que árabes y judíos accedan a ciertas concesiones relativas a Jerusalén y sus lugares sagrados. Uno de los puntos neurálgicos será el Monte Moriah en Jerusalén, considerado sagrado por los judíos dado que allí se encontraba su templo antes que fuera destruido por los romanos en el año 70 d.C. Este monte es también sagrado para los musulmanes, dado que en él se levanta el santuario más importante del Islam en la ciudad: la Mezquita de Omar. Las Escrituras indican que el acuerdo permitirá a los judíos reconstruir su templo, donde reanudarán sus antiguos ritos de sacrificios de animales. (V. Daniel 8:23-25; 9:27; 2 Tesalonicenses 2:1-4.)

De Rusia

El profeta Ezequiel hace referencia al Anticristo en términos de «Gog en tierra de Magog» (Ezequiel 38:2). Los exégetas coinciden en que la antigua tierra a la que se conocía como Magog era un poderoso país ubicado al norte de Israel. Muchos sostienen que Ros identifica al pueblo ruso. Por eso, un número importante de estudiosos de la Biblia considera que el Anticristo bien podría surgir del actual caos en que se encuentra la antigua Unión Soviética.

Según la Sagrada Escritura, las principales potencias europeas jugarán un importante papel en el gobierno mundialista del Anticristo. Los dirigentes de esos países se unirán a él y le darán pleno apoyo. «Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y autoridad a la bestia» (Apocalipsis 17:13).

Un agrio salvador

Si bien la mayor parte del mundo acogerá inicialmente al Anticristo como una especie de mesías político, tres años y medio después éste revocará el acuerdo de paz que él mismo firmara y que hubiera debido regir por siete años. En ese momento invadirá Israel y declarará a Jerusalén su capital internacional.

Abolirá todas las religiones, a excepción del culto a su propia imagen, la cual estará de algún modo habilitada para hablar y «hacer matar a todo el que no la adore» (Apocalipsis 13:14-15). Jesús dijo que cuando viéramos esa imagen «en el lugar santo [el templo], la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel [...], habrá *gran tribulación*, cual no la ha habido desde el principio del mundo» (Mateo 24:15,21). Será una época de feroz persecución y represión de los creyentes a manos de *la Bestia* y su régimen. (V. también Daniel 7:21,25; 8:23-24; 11:31-35; 12:10; Apocalipsis 13:5-7.)

En ese momento el Anticristo instaurará su siniestro sistema de crédito internacional, que llevará el número 666. Si quieres acceder a una explicación detallada y clarificadora de este inminente suceso, no te pierdas el siguiente capítulo de *Ya estaba escrito* en el próximo número de *Conéctate*

(Extracto de *Ya estaba escrito*, de Michael Roy.)

¹ Jerry Johnston, *The Last Days of Planet Earth*, Eugene, Or.; Harvest House Publishers, 1991, págs.129-131.



PLANÍCOLAS

AGÁRRATE FUERTE.
ESTAMOS POR
ABANDONAR LA
MONOTONÍA Y EL
ÁMBITO RESTRICTIVO
DEL PLANÍCOLA PARA
SONDEAR LA
APASIONANTE
DIMENSIÓN
ESPIRITUAL.

En esta charla vamos a entrar de lleno al misterioso entorno de las realidades eternas, el mundo viviente de lo perpetuo en lugar de la dimensión agonizante del presente, el dominio imperecedero de la eternidad por oposición al espacio pasajero del tiempo, ese mundo fascinante y en gran medida imperceptible para nuestra visión mortal, tan terrena y temporal.

La Biblia nos exhorta así: «Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la Tierra, pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas» (Colosenses 3:2).

Desde los albores de la Historia, todos los que son hijos de Dios por la fe han buscado un mundo invisible, «una ciudad que tiene fundamentos», cimientos eternos, «cuyo arquitecto y constructor es Dios. Sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos [...]. Confesando que son extranjeros y peregrinos en la Tierra que buscan una patria mejor, esto es, celestial. Por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad»; nada menos que la Ciudad Celestial, la Nueva Jerusalén, que descenderá de lo alto, de Dios, para reposar sobre el planeta Tierra. (V. Hebreos 11:10,13-16, Apocalipsis 21:2,3.)

Esta es la esperanza de todos los tiempos: ese mundo eterno, que ahora mismo es invisible, donde moraremos con Dios para siempre, la

Ciudad Celestial descrita en los últimos dos capítulos de la Biblia, Apocalipsis 21 y 22, y mencionada en muchos otros pasajes de la Escritura. En eso tenemos todas nuestras esperanzas; no se trata de castillos en el aire, sino de un paraíso terrenal.

Sin embargo, en este momento ese invisible Reino Celestial existe y actúa. No sólo nos rodea, sino que está dentro de nosotros. Jesús dijo: «El Reino de Dios está dentro de vosotros.

Como todos sabemos, según la ciencia hay cuatro dimensiones inherentes a la existencia de la materia: para que sea posible su existencia, todos los objetos físicos deben contar con longitud, anchura y altura. Estas tres dimensiones determinan el espacio. Hay una más llamada tiempo. En su teoría de la relatividad, Einstein demostró claramente que tiempo y espacio están estrechamente ligados. Según dicha teoría, nada puede ocupar un espacio físico sin que exista tiempo. Para que algo exista es esencial el tiempo.

Tengo en las manos una tarjetita postal muy llamativa que presenta una bella escena submarina de la hermosa y colorida creación de Dios. Lo curioso de esta tarjetita es que si la miro de perfil no veo sino dos dimensiones: la longitud y la anchura. Me ubico así en el territorio del *planícola*, que sólo comprende su reducido mundo bidireccional carente de profundidad. No ve nada más. Al observar esta tarjeta

de costado, yo tampoco veo nada más. Si fuera un planícola insistiría en que no hay ninguna dimensión aparte de las dos que yo veo, sólo porque no las percibiría visualmente.

Sin embargo, si nos desplazamos en una dirección nueva y desconocida para el

El planícola insiste en que no hay ninguna dimensión aparte de las dos que ve, solo porque no las percibe visualmente.

planícola —la altura— y contemplamos la postal desde arriba, descubrimos un mundo sorprendente, pues se trata de una tarjetita tridimensional. De repente adquiere una dimensión totalmente nueva, llamada profundidad. De hecho, me da la impresión de que puedo *penetrar* en la imagen con la vista. Ciertos objetos aparecen delante de otros. Hay un junco que crece delante de un precioso coral rojo; entre ellos nadan los peces, y el lecho sembrado de piedrecillas se desvanece en la distancia, más allá de donde alcanzo a ver con mi nueva perspectiva tridimensional.

Hemos penetrado en un nuevo mundo, fuera del alcance del pobre planícola —en el supuesto de que éste existiera—, que sólo puede ver en dos direcciones.

Miramos en una nueva dirección que aporta altura y profundidad, y nos presenta todo un mundo por explorar. Ahora somos como un dios a los ojos del planícola, un ser que escapa por completo a su comprensión.

Desde el punto focal en que ahora estamos situados, por encima de su plano inferior de apenas dos dimensiones, nos ha perdido por completo de vista. Él no ve ni hacia arriba ni hacia abajo, y a menos que buenamente tengamos la gentileza de descender hasta su nivel no podrá vernos en absoluto y mucho menos entender nuestra nueva dimensión.

Para ponernos a su nivel tenemos que situarnos en un plano exactamente igual al suyo. Pero en el instante en que variemos nuestra posición saliéndonos una pizca de su órbita, nos perderá de vista.

.....

La Biblia abunda en pruebas, relatos y declaraciones categóricas sobre la existencia de esa quinta dimensión.

.....

Ahora nuestro mundo tridimensional adquiere unas proporciones espaciales casi infinitas. Es tanto más vasto, profundo y elevado, que el planícola jamás podría entenderlo ni entendernos a nosotros. Es un mundo

enteramente nuevo, un mundo espléndido y grandioso cuya existencia ignora, por la simple y sencilla razón de que no lo ve.

Aun si fuera posible mostrárselo, estaría tan fuera del alcance de su percepción bidimensional que probablemente haría como aquel campesino que, la primera vez que vio una jirafa, exclamó: «¡Eso no existe!»

La verdad es que a nuestro pobre planícola el orgullo le impide reconocer que puede haber un nivel superior al suyo. Pobre hombrecillo. ¡Qué limitada es su visión, qué estrecho su mundo, qué restringido su radio de acción! Como no puede ir a ningún otro sitio, no quiere admitir que siquiera exista esa dimensión. Se indigna con cualquiera que le diga que en alguna ocasión fue elevado a ese otro mundo para echar un vistazo a lo que hay más allá de su reducido plano. En todo caso, el hecho de que no crea en algo no anula la existencia de ello.

Lo mismo pasa, según la Biblia, con el «hombre natural», que se resiste a creer que exista lo que llamamos quinta dimensión, el mundo espiritual, por la sencilla razón de que nunca lo ha visto o no ha estado en él. «El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura» (1 Corintios 2:14). Por eso afirma que ese mundo no existe, simplemente porque él no lo ha visto ni ha estado ahí.

Negar por completo la

existencia de la dimensión espiritual sería tan absurdo como decir: «No creo en la existencia de Nueva York o de Londres porque nunca he estado en esas ciudades». ¿Puede haber mayor ridiculez?

La Biblia abunda en pruebas, relatos y declaraciones categóricas sobre la existencia de esa quinta dimensión. Incluso hubo casos en que sus personajes inmortales, luego de trasponer el glorioso umbral de la muerte, regresaron para narrar su vivencia. Otros fueron elevados al mundo espiritual para ver un atisbo del mismo; muchos captaron mensajes del más allá. Y otros han estado allí, entre ellos, yo mismo. Por eso sé que existe.

Tú también puedes experimentarlo. Si realmente quieres conocer la verdad y estás dispuesto a admitir que hay alguien que tiene algo que a ti te falta y te gustaría tener, y si reconoces humildemente tus limitaciones y pides a los que son más espirituales que te ayuden a dar con ese mundo nuevo, tú también podrás conocer las emociones indescriptibles, las hermosas vistas, los bellos sonidos y los sentimientos de éxtasis de esa increíble dimensión espiritual. Es un lugar extraordinariamente paradisíaco. Es *algo del otro mundo*. Te va a encantar. ¿Por qué no te adentras en él? No tienes nada que perder.

(Extracto del artículo original del mismo título publicado en Atrévete a ser diferente.)



El mundo del espíritu

La Biblia está llena de colosales descripciones del mundo del espíritu. Hagamos un viaje espiritual juntos con las selecciones de este mes de *Lecturas suculentas*:

Ángeles al rescate

Génesis 19:1-28

Jacob lucha con un ángel

Génesis 32:24-30

Las huestes del Cielo: ¿puede uno verlas?

2 Reyes 6:8-23

Una carroza de fuego

2 Reyes, capítulo 2

El trono de Dios

Ezequiel, capítulo 10

Se logra captar el mensaje

Daniel, capítulo 10

La conferencia cumbre de Jesús

Mateo 17:1-9

Viaje de Juan al mundo del Espíritu

Apocalipsis 1:10-18

Una visión de la Ciudad Celestial

Apocalipsis, capítulo 21

Oración para hoy

Cuando las vicisitudes del día me agotan y descorazonan, ayúdame, Señor, a fijar la mente en el hermoso futuro celestial que según Tu promesa me aguarda para siempre. Que al meditar en el esplendor que me espera, cobre fuerzas y valor para enfrentar las dificultades que se me presenten en esta vida, cualesquiera que sean.

Hola. Quiero felicitarlos por la labor que hacen. Me gustan mucho sus textos, que por dos ocasiones me llegaron justo cuando me había peleado con mi novio. Siento que Dios estaba conmigo en ese momento difícil para mí. Espero que me escriban.

María Edith Díaz

Mi más enhorabuena por su labor y su mensaje, que nos hace sentir al menos un poco humanitarios, sobre todo cuando nuestros minutos están muy escasos por el quehacer cotidiano; y no recordamos que el quehacer cotidiano debería ser la preocupación por el bienestar «no material» de nuestras gentes y familias. Con mi más grande consideración.

Andrés Fernández


Gracias por esas Palabras que nos inspiran y nos despiertan de un largo y profundo sueño. Tenemos que encontrar el camino de la salvación y la clave para vivir una vida plena que ofrecen en sus publicaciones: el amor.

Muenda, Kenya

También nos gustaría recibir noticias tuyas. Si deseas responder a cualquiera de los artículos de *Conéctate* o simplemente contarnos más sobre ti, no dejes de enviarnos unas líneas.

BUZÓN

CARTAS DE LOS LECTORES



De Jesús, con cariño

Mo temas, Mi tesoro. Te quiero con un amor inagotable. Mi amor es eterno. Nada de lo que digas o hagas alterará el amor que siento por ti ni me incitará a negártelo. Cuando caes, cuando cometes errores, cuando tu comportamiento te decepciona y también defraudas a los demás, cuando no das el ejemplo que debieras y me sigues de lejos cuando no manifiestas el amor que debieras... en ninguno de esos casos merma el amor que albergo por ti.

Has pasado por épocas en las que estabas débil y por otras en las que estabas fuerte. Hay momentos en que estás de buen ánimo; en otros te deprimes. Unas veces tienes éxito, otras fracasas. Mas en todos esos momentos te amo por igual. Tus fracasos, defectos y debilidades no alteran el amor que siento por ti. No hacen menguar el amor que te profeso.

Nada de lo que hagas, digas o pienses podría ser tan malo como para causar que te ame menos. No pongo condiciones para que puedas participar de Mi amor. No digo que debas ser de tal o cual manera para contar con él. ¡Te lo doy incondicionalmente!

